

## ¿PODEMOS CONOCER EL FUTURO?

JACOBO HEVIA LOSA

### RESUMEN

Siempre fueron muchas las fuentes, formas y recursos, a los que se acude para conocer o tratar de averiguar las cosas y acontecimientos futuros. Pero ¿qué hay de verdad o de impostura en todo ello? ¿Es posible o imposible conocer lo que va a ocurrir? Este trabajo es una reflexión sobre el conocimiento del futuro a la luz de la Filosofía de Santo Tomás de Aquino.

**Palabras clave:** Filosofía; Futuro; Conocimiento.

### ABSTRAC

We have always resorted to many and different sources, forms and means in order to know or try to find out events and future happenings. But, what is there of truth or falseness in all these facts? Is it possible or impossible to Know what is going to happen?

This work is the result of reflections on the knowledge of the future by the light of St. Thomas Aquinas.

**Key words:** Philosophy; Future; Knowledge.

## ALGUNAS DISTINCIONES

---

Esta reflexión resulta interesante en orden a considerar y filosóficamente resolver lo que hay de cierto y de falso en tantos adivinos y adivinaciones como aparecen, creyendo o haciéndonos creer que dicen la verdad cuando nos hablan de lo que nos va a ocurrir en el futuro, así como de acontecimientos que van a tener lugar, desgracias y suertes que nos saldrán al paso, con tantas y tantas otras afirmaciones referidas al futuro.

¿Qué habrá de verdad en todo ello? ¿Podrá la Filosofía decir algo al respecto? ¿No estarán siendo víctimas de creencias fáciles y de insostenibles patrañas los que se dejan llevar de cuanto les dicen y afirman con seguridad, sobre el futuro, tantos adivinos?.

Veamos lo que puede haber y no haber de cierto en todo este problema, considerado a la luz de la filosofía de Santo Tomás.

Lo primero que conviene llevar a cabo, como tantas veces lo hicimos, es distinguir lo distinguible, que pueda hacer luz en el tema que se trata. En este tema hay una distinción, entre otras, que conviene tener en cuenta desde el principio. Me refiero a la distinción de dos clases bien diferentes de futuro, de lo que va a ocurrir.

Hay un futuro que podemos llamar contingente, que es el futuro no sometido a causas fijas, claras, conocidas o que incluso se trata de acontecimientos que dependen de nuestro libre albedrío, que pueden darse o no darse, según lo disponga en cada caso nuestra voluntad o deseo. Hay, sin embargo, otro futuro que podemos llamar necesario, porque obedece a causas fijas, necesarias, muy frecuentes generalmente hablando, muy repetidas, conocidas por la ciencia o por el vulgo. La distinción, pues, es clara: El futuro contingente no obedece a causas fijas, como por ejemplo lo que voy a hacer mañana, cosas que harán en el futuro personas que viven. Estos acontecimientos futuros obedecen al libre albedrío, a la libertad de cada persona, no están sometidos a causas fijas o necesarias, es el futuro contingente. Por el contrario el futuro necesario, como por ejemplo que tal día de tal hora y de tal año habrá un eclipse de sol o de luna, que mañana lloverá o hará sol, etc., son o pueden ser futuros necesarios, porque obedecen a causas fijas, muy repetidas o frecuentes, conocidas por la ciencia o por el vulgo.

De esta anterior distinción se pasa fácilmente a otra distinción consistente en caer en la cuenta de que las cosas que ocurren o acontecen en el futuro pueden ser consideradas en sí mismas o en sus causas. Por ejemplo, la lluvia en sí misma es agua que cae y moja, mientras que en sus causas es agua que se evapora, se convierte en nubes que se calientan y se precipitan. Si la ciencia según Aristóteles es, además de otras cosas, un conocimiento por causas, resulta que el conocimiento científico es mucho más completo, extenso e intenso, pleno y satisfactorio, que cualquier otro conocimiento vulgar por muy acertado que se muestre.

De esta distinción se desprende otra que puede arrojar mucha luz en la explicación de futuros que parecen tales y son ya de alguna manera presentes, dicho de otro modo, me refiero a la distinción entre futuros presentes en sus causas y en los efectos de esas causas presentes, pero futuros en los efectos de otras causas y efectos que de ellos se siguen. Pongamos ejemplos bien sencillos: Cuando el labrador nos predice que va a llover fijándose en las reacciones de sus animales o en la clase de movimien-

tos de sus plantas o sembrados, lo hace basado en la presencia de unas causas y efectos perceptibles ya, como son los graznidos, baladas, ladridos o determinada clase de movimientos de sus animales... o el viento que sopla de una parte u otra... o las nubes que se mueven en determinado sentido, etc. Esas causas y efectos presentes son a su vez las causas indiciarias, indicios o motivos, que a su vez causan o anuncian otras causas y otros efectos que son en este caso la lluvia o el sol, el mal o buen tiempo, que va producirse.

Otro de los ejemplos que suele causar cierta sorpresa y que tiene la misma explicación, en lo que se refiere a causas presentes con efectos futuros, es el de los sueños que se cumplen. Por ejemplo cuando soñamos que va a llover o que ya está lloviendo y vemos al levantarnos que efectivamente así es; se debe entre otras cosas a que nuestra epidermis y dermis, según la sensibilidad de cada cual, capta algo que ya es presente, sea la baja presión, el destemple de la temperatura, etc., cosas todas sensibles, que mueven a la imaginación a formar, en el que sueña, la imagen de lluvia futura o muy próxima o incluso ya presente. Así se adelantan nuestros sentidos y el de los animales sobre todo, a captar por impulsos, motivos y causas sensibles presentes que son a su vez anunciadoras, reveladoras o manifestativas, de cosas que aún no llegaron pero que están próximas o ya presentes en lugares lejanos, como es el caso de las corazonadas, científicamente explicadas por la teoría de las ondas o de la afinidad.

## **EL FUTURO SEGUN LA FILOSOFIA DE SANTO TOMAS**

---

Pues bien, con esas distinciones a la vista ya podemos echar a andar en la exposición del presente epígrafe y afirmar de plano que nuestro entendimiento no puede conocer, por carencia de datos, el futuro contingente, ya que no obedece a causas seguras, fijas, repetidas, resultando por ello desconocido para el entendimiento, que capta lo general, causal, repetitivo y frecuente, universalizado luego por el entendimiento. Pero el entendimiento puede conocer el o lo futuro necesario en sus causas fijas, necesarias, frecuentes, repetidas, etc., y así, analizando y conociendo el movimiento de los astros, satélites o planetas, podemos, sin lugar a dudas, con la seguridad y certeza que lleva consigo una causa necesaria o frecuente, anunciar un futuro eclipse, adelantando incluso el día, la hora y los segundos. ¿Cómo pudo hacer esto Tales de Mileto sin los sofisticados aparatos con los que hoy cuentan los astrónomos? La razón potísima es que se trata de un futuro necesario, no contingente que se trata de un conocimiento por causas serias, no por conjeturas u opiniones, se trata de un conocimiento científico entendiéndolo por ciencia conocimiento por causas.

Santo Tomás, refiriéndose a las causas y razones de las cosas futuras, dice que:

*“... las cosas futuras consideradas con razón al tiempo son singulares, las cuales, según hemos dicho, no las conoce el entendimiento humano a no ser por reflexión (por la “*conversio ad phantasmata*”) Sus razones (sus causas) en cambio, pueden ser universales y (por ello mismo) perceptibles por el entendimiento, como también pueden ser objeto de ciencia (S.T.I, q 86, a 4. Paréntesis nuestro).*

Continuando la distinción de las cosas consideradas en sí mismas o en sus causas, Santo Tomás afirma que:

*“... las cosas futuras no pueden ser conocidas en sí mismas más que por Dios, al cual están presentes aun cuando en el curso temporal de las cosas son todavía futuras, ya que su eterna mirada abarca simultáneamente todo el transcurso del tiempo”* (Ibidem)

En otro lugar dice Santo Tomás:

*Las cosas futuras que distan en el tiempo no son entes en acto y por ello no son cognoscibles en sí mismos (lo que está en potencia no existe actualmente y por ello no puede conocerse en sí mismo) porque en la medida en que algo carece de entidad carece también de inteligibilidad (S. T. I, q 89, a 7 ad tertium. Paréntesis nuestro).*

Bastaría lo dicho para caer en la cuenta de que habría que ser Dios, divino, (de ahí la palabra adivinación para conocer el futuro (contingente) y asegurar, con la seriedad que se hace por algunos futurólogos lo que va a acontecer en el futuro. Haría falta una mirada tan amplia, extensa e intensa, (mirada eterna le llama Santo Tomás) para que viendo el curso causal del pasado y el presente pudiera decirse algo, solo algo, del futuro, que entonces, por esa extensa mirada, de la que carecemos, los futuros contingentes se habrían convertido en necesarios si pudiéramos penetrar las íntimas causas y los infinitos impulsos y circunstancias con que nuestras voluntades se mueven a obrar y realizan sus actos.

Solo cae en nuestras posibilidades el conocimiento de los futuros que estén sometidos a causas más o menos fijas, necesarias, repetidas o frecuentes, que nos permitan un conocimiento científico o conocimiento por causas. Por eso dice Santo Tomás que:

*“en cuanto están en sus causas (las cosas futuras) podemos también conocerlas nosotros. Y si están en ellas (en sus causas) de modo que hayan de producirse necesariamente, las conoceremos con certeza científica, como el astrónomo conoce con antelación la venida de un eclipse. Y si están en sus causas de modo que en la mayoría de los casos habrán de producirse podemos conocerlas por conjeturas más o menos ciertas, según la mayor o menor tendencia de la causa a producir sus efectos (S. T. I, q 86, a 4 in fine. Paréntesis nuestro).*

Así queda indicado, con claridad, que nuestro conocimiento del futuro ha de ser un conocimiento por causas, por datos percibidos primeramente por los sentidos y de los cuales se han sacado consecuencias que nos remontan a ciertas causas productoras de efectos futuros. Estamos, pues, ante el futuro que hemos llamado necesario.

Hay causas más y menos observadas por nosotros en cuanto a la producción de sus efectos y va a ser precisamente ese mayor o menor número de observaciones, de repeticiones empíricas, las que nos den el criterio para poder señalar una causa como general, repetitiva, frecuente o constante en la repetición de sus efectos y de ese modo resultará la mayor o menor seguridad, el mayor o menor acierto al predecir los acontecimientos futuros, por los medios causales, indiciales e instrumentales, que queramos o podamos emplear.

Qué lejos queda toda esta doctrina de las adivinaciones que se ven en una bola de cristal o se predicen echando las cartas, moviendo varitas, ingiriendo cierta clase de alimentos, practicando extravagantes ritos y ceremonias o sometiendo a prácticas extrañas cuando no indecibles o indecentes. ¿Para qué todo ello?

Solo cuando las intuiciones, las corazonadas, los impulsos, las observaciones agudas y atinadas, etc., conduzcan a lo causal, a descubrir seriamente las causas en las que puedan estar inmersos los acontecimientos futuros, solo entonces podrá hablarse seriamente de un conocimiento del futuro. Fuera de esto todo es impostura, patraña, invenciones, incertidumbre, conjetura, opinión, creencias mal fundamentadas o como se quiera llamar, incluso puras coincidencias entre lo adivinado y lo acontecido.

La predicción del futuro solamente es seria y atendible cuando:

*“... se refiere al conocimiento que se funda en las razones universales de las causas a través de las cuales es posible conocer las cosas futuras según el modo de relación que el efecto tiene con su causa” (S T I, q 86, a 4 ad primum).*

¿Qué decir de ciertos estados catalépticos, de sueño, ensueño o ensoñación, de delirio y otros parecidos en los cuales ciertos adivinos predicen el futuro?.

## PLATON Y SAN AGUSTIN

---

San Agustín habla en sus Confesiones, libro XII, de ciertos poderes de adivinación que posee el alma, sobre todo cuando está más libre de los sentidos, como por ejemplo durante el sueño. Pero estas afirmaciones no son compartidas por Santo Tomás, que ve en ellas un residuo de la doctrina platónica, tan seguida y apreciada por San Agustín. Efectivamente, si nuestra alma conociera por contemplación directa de las Ideas podría, en ellas, ver el futuro sin necesidad de otros datos u observaciones empíricas de efectos y causas. Pero en nuestro estado presente, nuestro entendimiento unido al cuerpo, tiene como objeto propio las esencias de las cosas materiales y no conoce como quería Platón, por recordación o reminiscencia sino utilizando primero los sentidos y abstrayendo después las especies inteligibles de las imágenes sensibles.

Por lo tanto no contempla el alma, nuestro entendimiento, ni el presente ni el futuro en las ideas eternas que el alma posea de modo innato, contempladas antes de encarnarse, sino que como tabla rasa al venir a este mundo tiene que utilizar los sentidos y de sus imágenes y representaciones extraer las especies inteligibles. Esa es su dinámica y su natural proceder para conocer.

Solamente, afirma Santo Tomás, podría conocerse el futuro si ciertas causas superiores, espirituales o corporales, tuvieran influjo en nosotros en orden a que pudiéramos captar el futuro, como por ejemplo que el mismo Dios nos lo hiciera ver (o el demonio por conmoción de la fantasía en lo que pudiera presagiar... nótese cómo hoy todavía se habla de magia negra, demoníaca, prácticas diabólicas, etc.) ya en sueños, ya en vigilia. En cuanto a posibles causas corporales habla Santo Tomás de la influencia de los astros en nosotros (nótese como hoy todavía se habla de personas lunáticas y se cortan los árboles o se plantan de acuerdo con los ciclos y fases lunares, etc).

Como otras causas cita Santo Tomás entre los animales que nos pueden hacer predecir el futuro, a la corneja que con sus graznidos anuncian las lluvias futuras. Nótese cómo hoy todavía son muchos los labradores que conocen el tiempo que vamos a tener, si hará viento, sol, frío o lloverá, fijándose en las reacciones, gestos, posturas o actitudes de sus caballos, perros, gallinas o conejos, cuyas predicciones resultan, a veces más exactas que las del hombre del tiempo de la televisión, que contando entre sus pronósticos con muchos aciertos también tiene múltiples desaciertos, entre otras causas porque la meteorología no es ciencia exacta, como pueda serlo la matemática por ejemplo.

La ciencia descubre, con el tiempo, motivos y causas de ciertos efectos que en su momento se creyeron algo así como producto de brujerías o predicciones de adivinos y hechiceros, muy conocedores del arte de cautivar, embaucar o embelesar. Así, por ejemplo, ese cuervo, mal llamado "pájaro de mal agüero", que cuando inesperadamente se aproximaba al balcón de una casa o intentaba colarse por su ventana se decía que era clara señal de que alguno de la casa iba a morir, cosa que ocurría casi siempre; hoy se sabe que todo es debido a que esta clase de pájaro huele la carne moribunda y aparece atraído por su olor, como el ratón es atraído por el olor del queso. ¿Pero qué decir de tantas artes mejor llamadas artimañas para predecir el futuro, de las que muchos viven y otros hacen que vivan los que se dicen profetas o adivinos del futuro? ¿Qué tienen que ver las visceras de un animal descuartizado para ver en ellas la vida o acontecimientos futuros de una persona?

Ciertamente ningún valor puede atribuirse a todas esas formas de adivinación a las que la ciencia o la seria observación no encajan en causas o causalidades (no casualidades) que digan relación regular, frecuente, repetida, con sus efectos, para poder establecer un nexo o lazo serio, estable, de verdadera relación de causa a efecto. Solo entonces se puede conocer el futuro en sus causas o causaciones. Solo entonces sabremos que la paloma volverá a su palomar y por qué el perro encontrará a su dueño aunque esté de él muy distanciado y si las corazonadas por la teoría de las ondas, por afinidad, radiestesia o telepatía, son verdaderos mensajes que en determinados supuestos, por la regularidad de sus causas, presagian o predicen acontecimientos futuros.

Al margen de esta doctrina nada es creíble respecto al conocimiento del futuro, máxime si se trata de los que hemos llamado futuros contingentes. Dejarse llevar por predicciones de los que se llaman o se creen adivinos, futurólogos en el sentido no científico, brujos, hechiceros, echadores de cartas, magos y tantos otros conocedores del futuro, es perder el tiempo y vivir de unas creencias que tarde o temprano abocarán al fracaso.

"No hay efecto sin causa" se repite constantemente en Filosofía. Profunda y filosóficamente hablando quizá no pueda hablarse de casualidad sino de causalidad. Lo que ocurre es que muchas de las cosas o efectos que acontecen tienen para nosotros causas desconocidas, mal observadas o peor interpretadas, no repetidas un número de veces suficiente como para poder formular una norma, axioma o principio que nos permita, dentro de lo que cabe, afirmar lo que ocurrirá en el futuro. Por eso la ciencia avanza despacio, paso a paso, sin prisa aunque sin pausa, con errores y variaciones, fluctuaciones y temores, hasta por fin encontrar la verdad y poder formularla a modo de axioma o principio del que puedan sacarse conclusiones para el presente o el futuro.

## LA SAGRADA ESCRITURA Y ARISTOTELES

---

Por todo lo dicho sigue siendo cierto lo que afirma el Eclesiástes en 8, 6-7, digno de tenerse en cuenta para ser prudentes y cautos en lo que al futuro se refiere:

*“Grande es la aflicción del hombre, que por ningún mensajero puede conocer lo futuro”*

Y San Isidoro hablando de los sucesos futuros dice que:

*“... ni los ángeles, ni los demonios, ni las almas separadas tienen (tal conocimiento) a no ser en sus causas o por revelación divina”.*

Nos viene a la mente, sobre el conocimiento del futuro, aquellas palabras de Aristóteles, muy duras según la interpretación que les demos, pero que pueden servirnos de seria advertencia en esta materia, aunque Aristóteles las aplica para explicar que los animales y ciertas personas pueden prever acontecimientos futuros, como las lluvias y otros semejantes, por el influjo de los astros o de otras impresiones provenientes del exterior, mejor que hombres regidos por la luz de la razón. Lo expresa Aristóteles diciendo que:

*“... (de ahí que) sujetos ignorantísimos sean los que mejor prevén (este “prevén” hay que ponerlo entre comillas y matizarlo según expusimos): porque como su inteligencia no está afectada por ningún cuidado sino que se halla como desierta y vacía de todo (creemos que más claro no se puede hablar) se deja conducir enteramente a merced de lo que la mueve” (Del sueño y la vigilia, cap. 1).*

Cuando la mente no está llena o ilustrada con ideas serias, procedentes de la inducción o de la deducción, del silogismo, el raciocinio o la demostración científica y el “razonado razonamiento”, podemos caer en mil infundios, creer muchas tonterías, dejarnos arrastrar por falsos futurólogos, adivinos o brujos, que tal vez siendo ellos mismos víctimas de las mismas aventuras creen penetrar el futuro y viven de aventuradas intuiciones, corazonadas, ilusiones o espejismos, que en realidad nada serio ni fundamentado nos dicen del futuro, como no sean sus sinceras creencias o sus interesadas imposturas. Todo lo que se salga, como hemos repetido, de la búsqueda seria y científica de los futuros necesarios, futuros “in causa”, quedan totalmente al margen de nuestro conocimiento y vedados para el entendimiento. Hasta el mismo Cristo parece advertirnos de ello cuando responde a los discípulos, que le preguntan por el futuro, concretamente por el momento en que tendría lugar el fin del mundo, a lo que les responde que “eso no lo sabe ni el Hijo del hombre”, refiriéndose a El mismo considerado como hombre y no como Dios. Creo que las palabras son dignas de reflexión y de tenerlas muy en cuenta en toda esta materia de adivinos y adivinaciones sobre el futuro.

Otra evasiva de Cristo, al respecto, tuvo lugar cuando le preguntaron por el número, si grande o pequeño, de los que se salvarían. Cristo no contesta a esa cuestión pasando a otra que nada tiene que ver con el conocimiento del futuro. (Mt. 24, 36-44; Lc. 13, 22-30 y 21, 34-36; Mc. 13, 32-37; Act. 1, 7, etc.).

Digamos para concluir esta reflexión que en orden a la Educación y Formación, sobre todo intelectual, de la persona, son múltiples y muy importantes las consecuencias que de esta reflexión o consideración pueden seguirse.

Efectivamente, ha de ser la pedagogía en la fina y acertada observación empírica la que después de experiencias repetidas, sopesadas, valoradas en su justo hecho existencial, nos haga llegar a consecuencias ciertas, en la clase de certeza que les corresponda, sobre acontecimientos o verdades futuros. Pero siempre en la vía y por los caminos que hemos expuesto, nunca por otros procedimientos, si no queremos caer en errores o extravagancias de los que tarde o temprano tendremos que retractarnos o arrepentirnos.

\*\*\*\*\*

## BIBLIOGRAFIA

Aristóteles. *Del alma. Del sueño y la vigilia.*

San Agustín. *Confesiones*

Santo Tomás. *Suma Teológica*. I, Q. 14; 54 y 86, a. 4.